

Los grandes temas del futuro

Pablo Rodríguez Grez

En los últimos meses ha aumentado exponencialmente el uso de recursos de fuerza para lograr toda suerte de objetivos (laborales, estudiantiles, económicos, sociales, regionales, etcétera). Se ha generalizado el estilo invasivo que comienza usurpando una propiedad, o encadenándose a un inmueble, o agrediendo a la fuerza pública y obstruyendo calles y carreteras a fin de paralizar los centros urbanos. Desfiles y marchas con fines pacíficos en su origen concluyen uniformemente en verdaderas batallas campales en que se destruyen locales comerciales, vehículos, residencias de personas ajenas a las manifestaciones y, por cierto, los bienes públicos que sirven sin distinción a todos los chilenos.

La necesidad de resguardar el orden público desplaza parte de las fuerzas policiales al control de este tipo de estropicios, lo cual, paralelamente, estimula la delincuencia en desmedro, principalmente, de los sectores más débiles de la población.

Creo que ha llegado la hora de poner freno a esta actividad que amenaza desintegrar la convivencia pacífica con consecuencias que nadie seriamente podría anticipar. Chile vivió una época de convulsión y de violencia que tuvo origen en una extrema ideologización, cuando el país, en medio de la "guerra fría", debió optar entre la democracia y las experiencias totalitarias que entonces dominaban gran parte del mundo. No fuimos los únicos que, en ese contexto histórico, vieron estremecerse sus estructuras institucionales y luego caer despedazadas. Lo propio ocurrió en casi todos los países de este continente. Con muchas dificultades, desencuentros e incomprensiones, nos empeñamos en restaurar el sistema político democrático, lo que se logró respetando la voluntad popular, en una jornada ejemplar que la historia juzgará objetivamente cuando se hayan apagado las pasiones.

¿Entonces qué nos ocurre en este momento? ¿Qué justifican el descontento y la decepción?

Creo que existen tres cuestiones de fondo que aún no toman forma definida, pero que se irán perfilando en el futuro inmediato, todas las cuales explican la desazón y el pesimismo que parecen reinar.

Primero, hay un divorcio cada día más acentuado entre empresarios y trabajadores, que se manifiesta, por el momento, en la demanda de mayores salarios y en el repudio a la concentración del ingreso. En consecuencia, debemos encontrar la fórmula para integrar la fuerza laboral al modelo productivo y hacerla partícipe del proceso de creación de la riqueza. Esta legítima aspiración puede arrastrarnos al "populismo" y ser explotada por inescrupulosos que buscan su provecho personal.

Segundo, el sistema político no debe seguir monopolizado por los partidos. Es cada día más urgente incorporar a las fuerzas sociales al ejercicio de las potestades públicas, tanto más

cuanto que los modernos medios de convocatoria y movilización ciudadana se irán extendiendo y perfeccionando hasta constituirse en un factor incontrolable.

Tercero, es imperativo y urgente encarar el problema del centralismo porque gran parte de nuestra población desaprovecha las enormes riquezas naturales de que estamos dotados y desmejora su calidad de vida, viviendo hacinada y maltrecha. Resulta profundamente injusto el abandono en que se han mantenido las regiones, concentrando en Santiago la inversión de la mayor parte de los recursos públicos.

Estos son los grandes temas del futuro, los que deben enfocarse más allá de derechas e izquierdas, con imaginación y creatividad. Los demás (educación, vivienda, salud, seguridad), serán superados en la medida en que corriamos lo que es fundamental.

Muchos chilenos miran con devota admiración a otras naciones. No faltan los que piensan que el modelo económico y político debe seguir los mismos lineamientos que los países anglosajones, íconos de una supuesta superioridad. Olvidan que cada pueblo tiene su propia idiosincrasia, que la "globalización" no se dará en un marco de la uniformidad, sino en el de una rica diversidad. Todas las experiencias copiadas del extranjero -las "leyes federales" de Infante, la "comuna autónoma" de Irarrázabal, el "parlamentarismo" practicado a partir del gobierno de Jorge Montt Álvarez- han fracasado estrepitosamente entre nosotros. No es extraño, porque Chile tiene una fisonomía y un alma propias. Lo que señalamos explica por qué poco interesa la ideología ("el relato") del Gobierno. Lo que sí debería interesarnos es encarar los grandes desafíos del futuro, antes de que sea demasiado tarde.